

El pergamino y la pólvora

Información y poder en el fin de siglo

EDUARDO A. BOHORQUEZ-KYZZA TERRAZAS

.. el mundo terminó para mí el día en que mi Nautilus se sumergió por primera vez bajo las aguas. Ese día compré mis últimos volúmenes, mis últimos folletos, mis últimos diarios, y desde entonces quiero creer que la humanidad no ha pensado ni escrito nada más"

Capitán Nemo

(Julio Verne, 20 mil leguas de viaje submarino)

Los 12 mil volúmenes del capitán Nemo retrataban con anticipada sencillez la experiencia cuantitativa de la sociedad de la información. El Nautilus contaba con un sinfín de innovaciones tecnológicas, un diseño visual sin referentes previos y fantásticos aditamentos que lo equiparaban con los monstruos del mundo marino. La magnífica nave, sin embargo, contaba también con las penurias de la autarquía perfeccionista: fallaba en su intento de paraíso sumergible —pues habría de interactuar con los emisarios flotantes de la sociedad y precisaba de oxigenación recurrente—; además de condenar a su capitán al elipse cíclico de la información, representado simbólicamente a través de su nombre, Nemo. Aún para Verne, hombre previsor, el conocimiento acumulado en el Nautilus —un número necesariamente finito— sólo permitiría recordar: "... quiero creer que la humanidad no ha pensado ni escrito nada más", señalaba con resignación el capitán memorioso.

Pero el mundo no dejó de hacerlo. Siguió pensando y escribiendo, generando información y conocimiento; estructurando una cadena comunicacional que favoreció la aparición de barcos y submarinos, para convertirlos en extensión de los límites continentales de la sociedad. De forma genérica, el uso de la información permitió establecer un intrincado proceso de revoluciones científicas que se convirtieron en factor central de la industrialización. Se planteaba una dinámica que paulatinamente habría de modificar la vida industrial, al grado de convertirse en determinante de las relaciones sociales durante la segunda mitad del siglo veinte. Arrancaba la sociedad informativa.

Átomos y bits: acumulando y transmitiendo información

Procurar, mantener y analizar información con fines creativos o especulativos no es asunto nuevo, vamos, ni siquiera puede considerarse ajeno a la estructura cognoscitiva humana. Se trata del vínculo inteligente formado entre los individuos y una serie incontable de signos que requieren interpretaciones con distintos grados de precisión. Como se plantea en una sencilla jerarquía recuperada por Ronfeldt ¹, este vínculo sugiere la relación de tres niveles: los datos (hechos), la información (patrones que sobresalen de la lectura de los datos y un

flujo de mensajes que involucran al acto de contar o ser contado) y el conocimiento (nivel analítico donde se concentra y procesa la información dentro de una especie de entidad coherente).

Los tres elementos, constantes históricas, confluyen en un esquema singular que ha ido desplazando las prácticas tradicionales de la producción económica y de la vida social. La demanda continua de conocimientos con el fin de transformar la vida productiva ha perdido terreno frente a la necesidad de obtener información abundante y confiable con el propósito de hacer más eficiente la toma de decisiones. Hoy resulta difícil creer en una oficina gubernamental o corporativa que no cuente con recursos importantes destinados al desarrollo de la infraestructura necesaria para captar y analizar una inmensa cantidad de datos en el menor tiempo posible.

A este propósito se ha avocado el avance tecnológico de los últimos cincuenta años: al tiempo que la revolución postindustrial dominaba el terreno de la producción económica, la concentración informativa a través de átomos fue reemplazada con los bits², el lenguaje binario de las computadoras: nos basta un módem y una línea telefónica para transportarlos y/o recibirlos. Con este proceso, se han podido digitalizar diferentes tipos de información, desde bases de datos hasta el audio y el video. Este curso evolutivo de lo digital ha hecho posible la creación de la multimedia, el Internet o el CD-ROM. Los bits permiten una eficiencia nunca antes vista: a menudo corrigen errores, hacen réplicas perfectas y comprimen datos; funciones catalizadoras que lo análogo no tiene.

Esto significa que la cantidad de información que se concentraba en un espacio físico determinado puede incrementarse mediante el uso de códigos binarios que la compactan o digitalizan para ser susceptible de almacenaje en lugares extremadamente pequeños como un disco compacto o un ordenador portátil. Como consecuencia de su nuevo tamaño y vida digital, la información puede transmitirse a lo largo de redes de comunicación cada vez más extensas, en tiempos casi fugaces y con una exactitud en permanente mejora. Además, el mundo binario ofrece, en contraste con el atómico, la ventaja comparativa más importante en relación con el mercado: su precio.

Poder e información

Si el alcance geográfico de la información-conocimiento podría hacerla global, su disponibilidad la ha circunscrito a grupos que, aunque mayores en números absolutos, continúan siendo extremadamente homogéneos entre sí. En otros términos, la distribución y apropiación de la información-conocimiento cierra un círculo vicioso donde alcanzar cierto nivel informativo facilita el acceso a un sector que, nuevamente, será quien tenga posibilidad de procurarse y generar información conocimiento. Así, lo que en términos de productividad y desarrollo científico-industrial destaca como parte de un pensamiento deseable, podría transformarse en un condicionante más de la gigantesca brecha entre quienes aspiran a la sociedad de consumo informático y aquellos que llevan años en ella. Lo anterior resulta evidente al constatar cómo han sido clasificados los países en materia tecnológica e informativa. La sociedad de la información utiliza una elemental y descriptiva dicotomía: los que "tienen" y los que "no tienen"³.

Dado que las telecomunicaciones son el sistema nervioso central de la economía internacional, hay una tendencia creciente a tratar la información como una mercancía⁴. Sin embargo, la posibilidad de tomar parte en el proceso informativo frecuentemente se reduce al consumo y a la importación de códigos culturales vigentes en los países que forman parte medular del mundo digital. Quienes reciben los avances no conocen estos códigos ni tienen la habilidad para hacerlos funcionar, creando así una ilusión de transferencia tecnológica que en ocasiones incrementa la dependencia. Integración y globalidad reproducen una vez más el sistema de valores hegemónico en Occidente; un cúmulo de relaciones que confunde la modernidad con la indiferencia.

En esta peculiar relación, las tendencias no resultan excesivamente prometedoras. Como lo resaltaba recientemente el semanario norteamericano *Time*: ¿qué países pueden invertir en la modernización tecnológico-informativa de una sociedad, cuando no pueden generar los recursos necesarios para abastecer a la población marginada de sobres con suero oral de 85 centavos de dólar? Y podría agregarse: ¿cómo organizar las agendas nacionales sin reproducir nuevos esquemas de marginación social por vía del acceso informativo o del conocimiento? ¿Es posible estandarizar las tecnologías entre estos dos mundos y evitar las antípodas del ciclo información-ciencia-desarrollo? Una vez más llegamos al punto de las preguntas carentes de respuestas satisfactorias.

Kybernetes: el timonel de la información

José Gaos recordaba que el origen etimológico de cibernética es el mismo que el de la raíz griega para gobierno⁵, de forma tal que el rigor lingüístico nos hubiera llevado a castellanizar la palabra como gubernética. El término cibernética fue asociado conceptualmente por Wiener en su texto de 1948 con la idea del mensaje y la acción comunicativa.

La sociedad actual, ligada cada vez más a la cibernética y el ciberespacio, es producto de una cultura que busca resolver el problema de las comunicaciones en general, mediante el control de los mensajes, es decir, de la información. En palabras de Wiener: "... vivir eficazmente es vivir con una información adecuada. Así, la comunicación y la regulación conciernen a la esencia de la vida interior del Hombre, incluso cuando conciernen a su vida en sociedad."⁶

Gaos apuntó otra parte del problema. En medio de la obsesión social por la rapidez y la precisión —ligadas en su trasfondo más íntimo con la idea de crecimiento y satisfacción de necesidades en ampliación permanente—, el uso continuo de la informática y el vértigo comunicacional es indispensable. En este contexto, crecer a ritmos preestablecidos depende, casi por completo, de la evolución en la técnica y la cibernética: acelerar, es un fenómeno propio de la sociedad motriz que no tendría sentido en una de tipo continente o limitada en la creación de necesidades.

Este dilema encuentra su origen en la ruta histórica industrialización modernidad, crecimiento-industrialización, aceleración-crecimiento, tecnología-aceleración, conocimiento-tecnología e información-conocimiento. En otros términos, el vigor que inyectamos a nuestra capacidad para producir información, recuperarla y aprovecharla con fines tecnológicos descansa en aquellos valores —difícilmente reversibles— que asumen la rapidez como esencial para la transmisión del mensaje y su control.

Ese contexto cultural también puede llevarnos a la parálisis lógica de la sociedad informativa. Convencido de la emancipación tecnológica, el ser humano enfrenta limitantes para asimilar la cantidad de información disponible mediante nuevos recursos cibernéticos: ¿qué tanta información puede procesarse en una sola cabeza? ¿Cuánto tiempo se requiere para analizarla? ¿Cómo interpretan los líderes políticos globales los fenómenos de la sociedad de la información? ¿Qué tanto influye la información en la toma de decisiones? ¿Se puede controlar el flujo informativo? ¿Se podría conducir su desarrollo mediante la vía legislativa? ¿Quiénes tienen acceso a la información ahora?.

Un ápice de luz para esta serie de disyuntivas, a menudo oscuras, podría establecerse mediante ciertas líneas que permitan llevar la revolución informática por caminos menos adversos, sin contradicciones a nivel global y hacia un aprovechamiento equitativo de recursos visiblemente transformadores.

Un buen principio sería aprovechar un concepto tan apabullante como el de la supercarretera de la información e intentar extender su permeabilidad hacia las capas irregulares de la sociedad. Para ello, necesitamos reconocer el problema de los códigos culturales y cuestionarnos seriamente sobre si éstos constituyen amenazas de peso a las identidades regionales. No bastará con estandarizar el potencial tecnológico de las sociedades, si no se anticipan las posibles consecuencias de una extrapolación incondicional de valores como el tiempo, la eficiencia y la tecnología. De lo contrario, se corre el riesgo de suponer que contar con tecnologías similares sustituye la tragedia que persiste en las profundas diferencias culturales y económicas entre zonas y modos de pensamiento divergentes.

Otras dificultades para evitar la confusión en la sociedad posindustrial resultan más o menos evidentes en uno de sus más trillados ejemplos, Internet. Cuando los navegantes del ciberespacio descubren el universo informativo al que tienen acceso, de inmediato atisban capacidades extraordinarias para la comunicación, que producen escalofríos o fascinación en quienes se encuentran al margen de tan célebre red. Más allá del asombro, vale la pena cuestionarse si la telaraña global es el destino último de un grupo de aventureros digitales que aceptan el mundo virtual como un escape a realidades extremas, o bien, si continúa siendo un medio para ampliar el potencial creativo de los usuarios. ¿Cuál será la tendencia predominante? Aún está por verse.

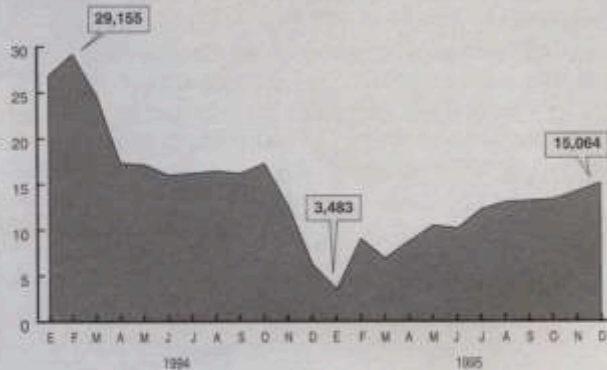
La información, esquematizada, es una reducción de la incertidumbre. No obstante, mientras los progresos en ese campo continúen siendo valiosos en sí mismos y no con respecto a los beneficios que su potencial produzca en las sociedades, tanto la revolución informática como la súper-carretera o el Internet seguirán siendo sofisticadas ficciones repletas de maravillas —divertidas quizá— pero sin rumbo

1. *David Ronfeldt, Cyberocracy, cyberspace and cyberology: political effects of the information revolution. Publicado en 1991 como documento interno de la Rand Corporation.*
2. *Esta noción puede ampliarse en Nicholas Negroponte, Being digital, New York, Alfred A. Knopf, 1995, en particular la primera parte.*
3. *Esta división, utilizada también con frecuencia para las relaciones económicas, divide al mundo más allá de la dicotomía norte-sur, o países desarrollados-subdesarrollados. Se trata de una división peculiar de la sociedad de consumo que, llevada al extremo, podría distinguir incluso dos clases sociales: propietarios y desposeídos, "have" y "have not's".*
4. *Una explicación más detallada de este argumento puede encontrarse en: William J. Martin, The Information Society, London, The Association for Information Management, 1988. En particular el capítulo IV.*
5. *Nos referimos a sus comentarios en un texto que difunde uno de sus cursos magistrales. Cfr. José Gaos, Historia de nuestra idea del mundo, México, FCE/El Colegio de México, 1973, capítulo 13, pp. 636-657.*
6. *Citado por José Gaos, cp. cit., p. 644.*
7. *Esta es la forma genérica para nombrar al conjunto de redes de comunicación que incluyen desde bancos de datos o el Internet, hasta la creciente posibilidad de la televisión interactiva.*

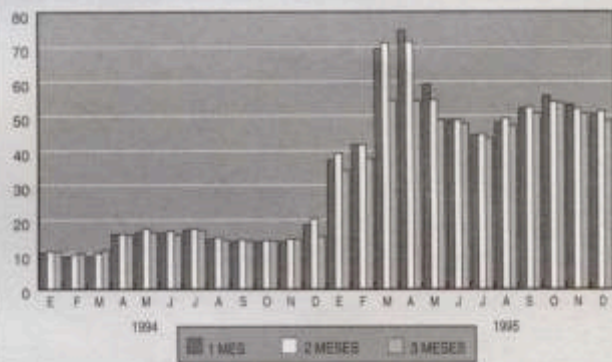
Seguimiento del programa económico

SEGUIMIENTO DEL PROGRAMA ECONOMICO

Reservas internacionales
(miles de millones de dólares)



CETES



Tasas de interés

